

Michel Zink, *L'humiliation, le Moyen Âge et nous*. Paris, Albin Michel, 2017, 261 pp., ISBN 978-2-226-31903-6.

JAVIER PÉREZ-EMBED

El lugar que la humillación ha ocupado en el pensamiento y en la sensibilidad de la Edad Media, las reflexiones a que entonces dio lugar, las tensiones y contradicciones que provocó durante ese período, iluminan el lugar que ocupa hoy en nuestro espíritu y en nuestro mundo. A esta conclusión puede llegar Michel Zink por su papel de traductor de los valores explícitos en la literatura medieval al espíritu del humanismo contemporáneo. Profesor de Letras Clásicas en origen, luego de una carrera docente en Túnez, Toulouse y la Sorbonne, su cátedra de literatura medieval en el *Collège de France* desde 1995 lo ha colocado en posición de animar grandes congresos que permiten esa función transmisora. De la edición crítica -que ha cultivado a propósito de las *pastourelles*, de la predicación en lengua romance, del Roman de la Rose, de Rutebeuf o de Froissart - al ensayo (sobre la subjetividad literaria en el tiempo de San Luis, sobre la poesía religiosa, sobre el Arte de Amar o la Grecia antigua bajo la mirada medieval) hay en la obra de este autor una trayectoria que le facilita el planteamiento de cuestiones contemporáneas (*vgr.*, “El hombre frente a las calamidades naturales”) a la luz del mensaje histórico de la Edad Media.

Su último libro, que ocupa aquí nuestra atención, acredita esa preocupación por deducir una enseñanza ejemplar de la mentalidad medieval, desde el mirador de la historia literaria. En una primera parte, su bagaje en la retórica de la espiritualidad altomedieval, adquirido mayormente por su estudio de la predicación en lengua romance, le permite trazar en un capítulo (p. 35-66) el perfil de la humildad como virtud cristiana, ya que no tuvo tal consideración en el mundo antiguo. Aunque el Antiguo Testamento sólo la concibe ante Dios, y el salmista pide continuamente a Dios que lo libre de la humillación, el cristianismo se funda en ese rebajarse de Dios que es su encarnación. Pero mientras las Epístolas de Pablo elaboran una dialéctica de la humildad, de la humillación y de la gloria, los Evangelios y el principio de los Hechos no ofrecen sino la contemplación de la humillación misma. Como el misterio de la Resurrección hacía gloriosa a la cruz (los 80 mss del *De laude sanctae crucis* de Rabanno Mauro lo acreditan) -fundamento de uno de los rasgos que el cristianismo aporta a la mentalidad medieval formulado por Zink con la expresión “qui-perd-gagne”-, la insistencia contemplativa de la humillación de Cristo habrá de esperar a los

reformadores monásticos del siglo XII (“seguir desnudo a Cristo desnudo”) y culmina en Francisco de Asís.

A efectos de moral, la doctrina de la penitencia sustituirá la humillación primitiva del penitente por la vergüenza que éste experimenta al pronunciar su confesión, y la reflexión sobre su práctica favorecerá la atención prestada a la humillación y a sus vínculos con la humildad. Sobre ésta, no la virtud principal del cristianismo pero sí la antítesis del mayor pecado que es el orgullo, tratan una serie de opúsculos (*De humilitate*), obra más de la teología monástica que de la escolástica (p. 66-86). Se detiene en particular en los sermones de San Bernardo sobre el *Cantar de los Cantares*: el 34 (donde la humildad pasa por aceptar la humillación) y el 42 (donde la humildad no se distingue de la caridad). La humillación, menos definida teóricamente, sí es explanada en una serie de relatos: la hagiografía martirial aparte, en el *Sagrado comercio de San Francisco con Dama Pobreza*, donde el criterio de la pobreza es la humillación. Por la humillación se reconoce al pobre. También, en aquel texto (*De vera laetitia*) en que sitúa la verdadera alegría en la humillación.

La segunda parte del trabajo es una relectura de una serie de textos de la literatura de los siglos XII y XIII, en la que los fragmentos más parlantes son presentados en la versión original seguida de su traducción al francés actual. Tras sucinta exposición de la trama, Michel Zink inquiere, con fina penetración psicológica (y a menudo usando la herramienta contrastada del psicoanálisis), los parámetros que rodeaban -entonces pero también ahora- esa entidad moral que es la humillación. El autor pasa revista a la legión de humillados que la literatura medieval presenta. El loco en primer lugar, sean los que enloquecieron por amor de una mujer o los que lo fueron por amor de Dios. Entre los primeros -adquirido el estatuto de manera voluntaria o involuntaria- se halla Tristán, héroe de la disimulación, al que la *Folie* de Oxford presenta bajo todas las especies de la humillación. Personajes que cayeron en la locura sin por ello ser humillados fueron el Ivain del *Chevalier au Lion* y el Lancelot de la versión prosificada. Especial atención presta al largo román *Amadas et Ydoine* -en el que se encuentra la mejor descripción del loco cubierto de ultrajes- cuyo único tema es cómo la frustración de la pasión amorosa conduce a la locura. Entre los locos de Dios la historia de Roberto el Diablo, prometido por su madre a Satanás si concebía un hijo, proporciona el prototipo de relato de la humillación en variados contextos, mostrando cómo la humillación es el peor de los castigos, el único a la medida del mal absoluto. Pero el perfil del verdadero loco de Dios -quien lo está por “amor loco” de Dios, cuya humillación responde a un impulso irresistible- se da en tres versiones de un mismo milagro (la de Gautier de Coinci, la del cuento del *Fou* y la de las *Vitae Patrum*).

A ambos tipos de locos, por amor de una mujer o por amor de Dios, la humillación le es infligida por ignorancia o por incomprensión. Las obras literarias que los celebran transforman esta humillación en glorificación (y de ahí -según el

autor, p. 123- el optimismo que destilan). Pero en el *Jeu de la Feuillée*, obra compuesta c. 1276 por Adam de la Halle para hacer la sátira de la vida cotidiana -y donde la locura se entiende en un sentido moral y metafórico, como la vanidad de todos los comportamientos humanos- aparece un nuevo tipo de humillación vinculada a la locura: en la figura del padre que intenta por todos los medios curar a un hijo loco que lo maltrata, y que es él mismo humillado al serle manifestada la impotencia de la taumaturgia por parte del monje que alquilaba al efecto las reliquias de San Acario.

Pobres, enfermos y viejos conforman otras tantas candidaturas a la humillación. La del pobre puro es una realidad tan constante que apenas es escenificada por la literatura, salvo en el caso del rico arruinado y del poeta que pinta su propia miseria. Pero los campesinos, “esos pobres de siempre”, tan representados en todos los géneros no caballerescos, se prestan a una “experiencia corriente de humillación social que juega en los dos sentidos” (p. 134), es decir, de arriba hacia abajo y viceversa. Lo muestran el cuento, “chantefable”, de *Aucassin et Nicolette* (en que dos jóvenes y distinguidos amantes se buscan mutuamente en el bosque, pidiendo información a ciertos, atrevidos, rústicos con quienes traban conversación), pero sobre todos las pastorelas, género que “muestra las relaciones sociales fundadas sobre la humillación y el erotismo” (p. 141), donde la reciprocidad de la primera crece precisamente por efecto del segundo. Sin esa exclusividad sexual en la trama, el monólogo dramatizado *Courtois d'Arras* acumula todas las especies de humillación: la del enamorado engañado, del rico arruinado por su propia culpa, del granjero reducido al oficio de porquero, y la del pecador arrepentido, única forma de humillación que su modelo (la parábola del hijo pródigo en el evangelio de Lucas) pone en escena.

La humillación vinculada a la enfermedad tiene en los poemas de “despedida” de dos poetas leprosos, Jean Bodel (+1210) y Bode Fastoul (c. 1270), una primera manifestación. Ambos combinan la humillación ante Dios con una especie de dialéctica de la aceptación y de la elusión frente a la “vergüenza” de que son víctimas ante los hombres. Actitud contradictoria en la que la amortiguación del mal que se sufre “pasa por su exhibición” (p.153). Pero un segundo grupo lo forman los poetas que exhiben su miseria y su vicio en las condiciones normales de la vida: Rutebeuf, Eustache Deschamps y François Villon. La indignancia poética del primero es una exhibición humillante de su debilidad: en sus dos *Griesche*, en su *Mariage*, en la *Complainte*, pero sobre todo en la *Repentance*, confesión en la que la humillación forma parte de la penitencia (p. 164). Pero en la escenificación caricaturesca de sí mismo hay una distancia de medida respecto a los poetas leprosos arriba mencionados, que no impide presentar a Rutebeuf como ancestro de los “poetas malditos” o de los cantantes de esa laya, como Georges Brassens o Léo Ferré (p. 171). En Eustache Deschamps (+ 1406), poeta de corte al servicio de los grandes de la aristocracia francesa, la fragilidad de su posición y la humillación que la acompañó determinaron que el poeta fuese el primero en reirse de

sí mismo. Ser burlado y rechazado por todos, esencia misma de la humillación, es lo más terrible para el poeta de corte, que vive de agrandar. Nunca como en sus *ballades* había lamentado la poesía francesa del medievo la decrepitud de la vejez, y hasta los extremos humillantes de proclamar la impotencia sexual asociada a la misma (pp. 176-181). Un recuerdo de ese género se percibe en el *Testament* de François Villon, poema concebido bajo los golpes de la humillación, y que pretende ser una respuesta a la que infligió al poeta el obispo de Ortéans cuando lo encarceló el verano de 1461 en Meung-sur-Loire (p. 190). Incluso tras la airada disgresión inicial, la sucesión de legados en que se estructura no es más que un dar vueltas a las humillaciones y ultrajes sufridos por Villon. Cada uno de los destinatarios es odiado por lo que le ha hecho, y hasta los recuerdos amorosos son la memoria de otras tantas humillaciones. Pero mientras el poeta leproso muestra sin rodeos su humillación, Villon la expresa a través de alusiones, circunloquios y burlas. Y es que no pretende convertirla, como aquél, en instrumento de salvación, sino simplemente desahogarse.

Bajo el rótulo “humillaciones viriles” (posiblemente, aunque no lo afirme, por tratarse de actitudes específicamente masculinas) agrupa, finalmente, las prototípicas del caballero y del enamorado medieval. Rolando y Lancelot son las figuras emblemáticas en este orden. Si la convicción de que la vergüenza debía evitarse a toda costa está presente en todas los cantares de gesta y en la mayorías de los romans, la *Chanson de Roland* es una epopeya del orgullo y de la humillación. Ganelón se venga al haber sido humillado por Rolando, su yerno, que sugiere a Carlomagno lo envíe como embajador ante el rey Marsilio, tras haber sido descartados él mismo, Turpin y los doce pares. En Roncesvalles, donde se actualiza la tensión entre orgullo y humildad, honor y humillación (p. 198), Rolando prefiere la muerte ante la sola posibilidad de la humillación. En *Le Chevalier de la Charrette* Chrétien de Troyes acentúa la humillación del caballero que, descabalgado, acepta la situación infamante de subirse a una carreta para acudir a salvar a la reina Ginebra. Ésta le reprochará haber dudado en aceptar esa tesitura porque, para ella, aceptar la humillación es la mayor prueba de amor, ya que no existe nada más doloroso (p. 203). La humillación aceptada por amor adquiere en la poesía de los trovadores la resonancia de los celos. Las más agudas cuitas amorosas nacen en ella de la humillación celosa. ¿Invencción poética?. ¿No sabemos -pregunta Zink- “que la humillación es una cuestión de signos, de representación, de verdadero imaginario, como también lo es la poesía”? (p. 203).

La humillación, concluye, es un arte literario, y de todos los tiempos. Haber elegido sus monumentos producidos en la Edad Media es porque “a ella debe la civilización occidental una cierta capacidad de identificarse con los humillados”. Su confección acredita no sólo la maestría del autor en el dominio de la literatura medieval, sino también que, más allá de su valor estético, la principal función de su estudio no sea otra que servir al conocimiento del espíritu humano de ayer y de hoy. Si M. Zink hubiera pretendido escribir una Historia Universal de la

Humillación habría tenido que considerar, al sur de los Pirineos, el Cantar de la Afrenta de Corpes, y, más abajo de los Alpes, al menos, el origen del fenómeno social, y de la orden, de los *Humiliati*. O bien, los pasajes de un biografía poética como la de Dante explícita en *Il convivio*. Pero la literatura medieval francesa, por sí sola, da para un ensayo con todas las modulaciones y matices psicológicos y sociológicos de un tema como éste. La Historia de las Mentalidades no ha agotado aún la gama de estudios globalizantes a partir del catálogo de los vicios y virtudes levantado por la teología moral de los siglos XII y XIII. La presente obra de Michel Zink es, sin duda, un paso más en ese camino intelectual.